

# Reseñas

**María Zambrano, *Escritos sobre Ortega*, edición, introducción y notas de Ricardo Tejada, Madrid, Trotta, 2011.**

Bajo el título de *Escritos sobre Ortega*, Ricardo Tejada nos ofrece esta edición crítica en la que recoge los trabajos en forma de artículos, cartas y manuscritos inéditos que, a lo largo de su vida, María Zambrano dedicó y dirigió a su maestro José Ortega y Gasset.

¿Con qué se encuentra y qué le espera al lector que decide adentrarse en este libro? En sus primeras páginas, y precediendo a los trabajos de la filósofa, nos encontramos con una más que interesante Introducción de Ricardo Tejada, cuyo objetivo es el de aproximar y “presentar unos textos de una indudable trascendencia intelectual” (p. 10) al lector. Con tal propósito el autor nos relata los momentos más decisivos y relevantes de la relación entre Ortega y Zambrano, así como las circunstancias y las vivencias personales, políticas y sociales que marcaron y condicionaron el desarrollo y la producción filosófica de ambos durante el transcurso de sus vidas. Dos vidas que, como constata atenta y minuciosamente Tejada en uno de los capítulos, se dieron “circunstancial y sustantivamente entreveradas”.

En este estudio introductorio Tejada no sólo se encarga de señalar el modo en que afrontaron y cuáles fueron los compromisos, posicionamiento y actuaciones políticas de los dos filósofos españoles durante las distintas etapas de la historia española del siglo XX, desde la monarquía a la dictadura franquista, pasando por la II República, la guerra civil y, finalmente, el exilio de los dos intelectuales, sino que también analiza las aproximaciones y diferencias tanto estilísticas como metodológicas y conceptuales que el pensamiento filosófico de maestro y discípula llevan consigo.

Para este análisis, el autor sigue algunas de las sendas transitadas por estudiosos de la

obra orteguiana y zambraniana, pero también las exploradas por él mismo con el fin de despertar y suscitar en el lector interesado en la filosofía contemporánea, y más concretamente en la filosofía contemporánea española, nuevas líneas interpretativas y de investigación en torno a la autonomía y singularidad de la obra de Zambrano respecto al proyecto filosófico de su maestro. La postura de Tejada sobre esta problemática es clara y rotunda: “Seguramente –afirma el autor–, se ha sobrevalorado [...] la deuda de Zambrano con respecto a Ortega, cuando muchos rasgos singulares del pensamiento de la filósofa saltan a la vista desde sus inicios. Si vamos a la raíz metafísica de los problemas, quizá se pueda afirmar que Zambrano nunca fue orteguiana” (p. 52).

Estas palabras, con las que Tejada cierra su presentación, sirven a su vez para abrir de par en par el debate entre investigadores y estudiosos acerca de la continuidad, discontinuidad o singularidad del pensamiento de Zambrano con respecto a la herencia de Ortega.

A continuación del preludio de Tejada nos aguardan 18 artículos, 3 cartas y 5 manuscritos inéditos de María Zambrano cuya temática principal gira sobre la figura, la personalidad y la filosofía de Ortega y Gasset, dando cabida también a una extensa gama de temas y reflexiones colaterales en las que Zambrano aborda diversas cuestiones y preocupaciones filosóficas de las que, si bien nacidas a propósito de Ortega, se desprenden rasgos genuinos y singulares del pensamiento zambraniano.

*Grosso modo* podríamos señalar que Zambrano nos habla de y sobre Ortega siguiendo cuatro trazos o líneas discursivas que a lo largo de estos trabajos van mezclándose y reapareciendo repetidamente desde distintos momentos de su vida, aportando, en cada ocasión, nuevos matices cromáticos que consiguen refrescar la lectura tanto del atento como del despista-

do lector. Esboceemos brevemente hacia dónde apunta cada una de estas líneas:

Una de las líneas discursivas que encontramos en estos escritos es aquella en donde Zambrano se dispone a hablarnos del Ortega y Gasset “maestro”. Hacer mención de la figura, la persona y la influencia que el maestro ejerció en su círculo de alumnos provoca en Zambrano la rememoración de su época de juventud madrileña, una breve pero intensa y esperanzada etapa en donde se empezó a fraguar el destino y el porvenir de una joven pensadora, o, dicho con sus propias palabras, de “cómo el pensamiento filosófico va penetrando en una vida” (p. 88). ¿Qué les aportaba Ortega a sus alumnos y discípulos? “Que necesitábamos la verdad para poder vivir” era la primera revelación que uno recibía en sus clases, nos dice la filósofa; pero, además, les disponía a esas virtudes que propician el florecimiento del pensar auténtico para el que se preparaban: la claridad, el orden, y la autenticidad. Así, “si hemos sido, en verdad, sus discípulos –comenta la autora– quiere decir que ha logrado de nosotros algo al parecer contradictorio; que por habernos atraído hacia él hemos llegado a ser nosotros mismos” (p. 87).

Ligada a esta línea en que Zambrano caracteriza la figura de Ortega y recuerda los años de aprendizaje junto a éste y otros ilustres intelectuales, nos encontraríamos con otra que haría referencia a la “conversión” llevada a cabo, entre otros, por Miguel de Unamuno, Ángel Ganivet y el propio Ortega, de aquella España que durante tres siglos estuvo cerrada herméticamente al saber, a la ciencia, a la filosofía... y de su lenta pero progresiva apertura.

Al hablarnos de esta “conversión”, Zambrano nos presenta las obras que ella considera decisivas y aurorales en este cambio, destacando de Unamuno su *Del sentimiento trágico de la vida*, el *Idearium español* de Ganivet y las *Meditaciones del Quijote* de Ortega, reflexionando sobre la aportación intelectual de estos pensadores a esa España que permanecía “sin pulso” y alejada de la actividad intelectual del resto del continente.

¿En qué consistió la “conversión” de Ortega? En hacer resurgir la Filosofía, nos dirá. Adentrarnos e indagar en la “conversión” realizada por Ortega nos encamina así hacia una tercera línea: aquella en la que Zambrano aborda y repasa la propuesta filosófica orteguiana.

Al tratar sobre la filosofía de su maestro, Zambrano no sólo aproxima al lector a la metafísica y la ética orteguiana presentando y comentando tesis y conceptos fundamentales de su pensamiento: “yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo”, “el *logos* del Manzanares”, la situación de “naufragio”, o la vida como “realidad radical”, entre otros; también nos desvela las claves que ella considera determinantes de su originalidad y autenticidad. Así, según Zambrano, la autenticidad de la filosofía de Ortega radica en la acertada o “feliz conjunción” entre su fidelidad a la circunstancia española en la que vivió y su disciplina filosófica. Una disciplina filosófica que, como se encarga de mostrarnos detenidamente su discípula, ensanchó los horizontes de la tradición filosófica de la Modernidad buscando el conocimiento y la razón en aquellas cosas olvidadas y aparentemente estériles, tal como ejemplifica en el escondido *logos* que habita en el río Manzanares, dando así lugar a un nuevo tipo de “razón”: una razón que, a diferencia de la razón moderna, pretendiera atender a la realidad del hombre, a su vida, y, una vez en ella, dar sentido a las circunstancias salvándolas e integrándolas en el *logos*.

En este recorrido que Zambrano realiza por el pensamiento de Ortega, la filósofa nos expresa, igualmente, cómo influye el proyecto de su maestro en su propio pensar. De hecho, dirá, la “razón vital” de Ortega “constituye un punto de partida indeleble para mi pensamiento, pues me ha permitido y dado aliento para pensar, ya por mí misma, mi sentir originario acerca de un *logos* que se hiciera cargo de las entrañas, que llegase hasta ellas y fuera cauce de sentido para ellas” (p. 207). Es éste un *logos* que, a diferencia del de Ortega, adquiere un nuevo matiz, el “poético”: “Si la poesía puede y aun debe –a nuestro parecer– ser incluida en la Razón Vital no es ni siquiera por amor a la be-

lleza, sino por llevar consigo un modo de captación –un “método”, si se me permite esta personal expresión– de captar ciertas realidades” (p. 143) que permanecen ocultas pudiendo sólo manifestarse a través de ciertas artes como la poesía. Zambrano nos aclara que “la senda que yo he seguido, que no sin verdad puede ser llamada órfico-pitagórica, no debe ser, en modo alguno, atribuida a Ortega. Sin embargo, él, con su concepción del *logos* (expresa en “el *logos* del Manzanares”), me abrió la posibilidad de aventurarme por una tal senda en la que me encontré con la razón poética” (p. 208).

La controversia entre la razón vital de Ortega y la razón poética de Zambrano, no ha sido ni es, únicamente, tema de estudio y polémica entre seguidores y estudiosos de sus respectivas obras. Posiblemente atañe a otro de los temas que más interesa a los investigadores y tiene que ver con la actividad y actitud política de ambos intelectuales. Con este tema llegaríamos a nuestra última parada, destacando aquel trazo de Zambrano que nos habla del Ortega y Gasset político, de sus reformas educativas y de su actividad intelectual antes, durante y después de la República, pero también de su crudo silencio durante la guerra civil española y el exilio. Un silencio que contrasta claramente con el grito, el posicionamiento y la lucha de muchos intelectuales a favor de la República. Un silencio que algunos de sus discípulos más cercanos no llegaron nunca a entender.

En los artículos, cartas y manuscritos en los que Zambrano aborda la cuestión del silencio de Ortega se encuentran las palabras más duras de la autora respecto a éste. Palabras consuetudinarias de quien no logra comprender a los que en su día callaron. Aunque también se encuentran palabras que muestran el profundo respeto y filiación que siempre sintió por Ortega, sentimiento con el que, quizá, logró “perdonar” y superar su decepción.

Sumergirse en estos trabajos de Zambrano es acercarnos de la mano de su discípula al proyecto filosófico de Ortega y conocer, a la vez, cómo éste influyó en su pensamiento y su obra. Y es también aproximarnos al rostro y a la persona de uno de los intelectuales más im-

portantes y destacables del pasado siglo XX a través de la mirada siempre cordial, sincera y luminosa de la pensadora andaluza.

Sara Ortiz

**Miguel Morey, *Monólogos de la bella durmiente. Sobre María Zambrano, Zaragoza, Eclipsados, 2010.***

“Todo pensamiento que no es nuevamente pensado es, al igual que una obra de arte sin espectador, un pensamiento muerto”, escribió en cierta ocasión la pensadora y poeta Chantal Maillard. Pues bien, lo que el lector encontrará en este libro recopilatorio de Miguel Morey es precisamente el pensamiento vivo de Zambrano, y ello porque su autor no se ha limitado a exponer ese pensamiento desde la objetividad que tantas veces se reclama, sin saber, de la actividad profesoral, sino porque, tras muchos años –décadas– de dejarse acompañar por ese pensamiento, su autor habla desde una *experiencia* de lectura, es decir, desde la interiorización –en la que ha tenido lugar la comprensión– de ese pensamiento. Como reza el epígrafe de la misma Zambrano con que se abre el libro, “si el pensar no barre la casa por dentro, no es pensar”, y por dentro ha barrido su casa el pensar de Miguel Morey aquí, y por ello, además de un libro sobre Zambrano, es éste un libro donde el lector encontrará el pensamiento de su autor –en su hablar con el pensamiento de Zambrano.

Los textos que el volumen recopila vienen precedidos de un prólogo, que sirve de presentación o pórtico, y que deviene parte fundamental de esa experiencia de lectura, en tanto ofrece la conciencia de esa experiencia. Constituye este prólogo el relato de una memoria que es tanto personal como colectiva. Informa esa memoria del encuentro casual del autor con el pensamiento de Zambrano en 1971, en una librería de lance de Barcelona, donde halló las *Obras reunidas* de la editorial Aguilar. De “auténtico encuentro” califica Morey el hallazgo, a la altura del que vivió con *Las palabras y las cosas* de Foucault, con *Lógica del sentido* de